

LIBRO SEGUNDO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVOS AL ÓRDEN GENERAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL LIBRE ALBEDRÍO DEL HOMBRE.

FUERA de la acción de Dios, no hay mas que la acción del hombre; fuera de la Providencia divina, no hay mas que la libertad humana. La combinación de esta libertad con aquella Providencia constituye la trama variada y rica de la historia.

El libre albedrío del hombre es la obra maestra de la creación, y el mas portentoso, si fuera lícito hablar así, de los portentos divinos. A él se ordenan todas las cosas invariablemente, de tal manera, que la creación seria inexplicable sin el hombre, y el hombre seria inexplicable no siendo libre. Su libertad es á un tiempo mismo su explicación y la explicación de todas las cosas. ¿Quién explicará, empero, esa libertad altísima, inviolable, santa (1), tan santa, tan altísima y tan inviolable, que el mismo que

(1) Santa, considerada en si misma; es decir, como don, como facultad.

se la dió no se la puede quitar (1), y con la cual puede resistir y vencer al mismo que se la dió, con una resistencia invencible y con una tremenda victoria? ¿Quién explicará de qué manera, con esa victoria del hombre sobre Dios, queda Dios vencedor y el hombre queda vencido, y esto siendo la victoria del hombre una verdadera victoria, y el vencimiento de Dios un vencimiento verdadero? ¿Qué victoria es esa, seguida necesariamente de la muerte del vencedor? Y ¿qué vencimiento es aquel que va á parar á la glorificación del vencido? ¿Qué significa el paraiso, galardón de mi vencimiento, y el infierno, pena de mi victoria? Si en mi vencimiento está mi galardón, ¿por qué desecho naturalmente lo que me salva? Y si mi condenación está en mi victoria, ¿por qué apetezco naturalmente aquello mismo que me condena?

Cuestiones son estas que ocuparon todos los entendimientos en los siglos de los grandes doctores, y que miran hoy con desden los petulantes sofistas que no tienen fuerza para levantar del suelo las formidables armas que esgrimieron fácil y humildemente aquellos doctores santos en las edades católicas. Hoy día parece inexcusable locura tantear humildemente y ayudados con su gracia los altos designios de Dios en sus profundos misterios; como si el hombre pudiera saber alguna cosa sin entender algo de esos misterios profundos y de esos altos designios. Todas las grandes cuestiones sobre Dios parecen hoy estériles y ociosas; como si, siendo Dios inteligencia y verdad, fuera posible ocuparse de Dios sin ganar en verdad y en inteligencia.

Viniendo á la tremenda cuestión que es asunto de este capítulo, y que procuraré encerrar en los límites mas estrechos, diré que la noción que se tiene generalmente del libre albedrío es de todo punto falsa. El libre albedrío no consiste, como generalmente se cree, en la facultad de escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitaciones. Si el libre albedrío consistiera en esa facultad, habian de seguirse de ello forzosamente las siguientes consecuencias, una relativa al hombre y otra relativa á Dios, que son evidentemente absurdas. La relativa al hombre consiste en que

(1) Sin destruir la misma esencia del hombre.

sería menos libre cuanto fuera mas perfecto, como quiera que no puede crecer en perfección sin sujetarse al imperio de lo que le solicita al bien, y no puede sujetarse al imperio del bien sin sustraerse al imperio del mal, sustrayéndose del uno en el mismo grado en que se sujeta al otro; lo cual, alterando mas ó menos, segun el grado de su perfección, el equilibrio entre esas dos solicitaciones contrarias, viene á disminuir su libertad, es decir, su facultad de escoger, en el mismo grado en que se altera ese equilibrio. Consistiendo la suma perfección en el aniquilamiento de una de esas dos contrarias solicitaciones, y suponiendo la libertad perfecta la facultad entera de escoger entre esas solicitaciones contrarias, es claro que entre la perfección y la libertad del hombre hay contradicción patente, incompatibilidad absoluta. Lo absurdo de esta consecuencia está en que, siendo el hombre libre y debiendo ser perfecto, no puede conservar su libertad sino renunciando á su perfección, ni puede ser perfecto sin renunciar á ser libre.

La consecuencia relativa á Dios consiste en que, no habiendo en Dios solicitaciones contrarias, carece de todo punto de libertad, si la libertad consiste en la facultad entera de escoger entre contrarias solicitaciones. Para que Dios fuera libre, era necesario que pudiera escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado. Entre la naturaleza de Dios y la de la libertad así definida hay pues contradicción radical, incompatibilidad absoluta. Y como quiera que sea absurdo suponer, por una parte, que Dios no puede ser libre siendo Dios, y que no puede ser Dios siendo libre; y por otra, que el hombre no puede alcanzar su perfección sin renunciar á su libertad, ni ser libre sin renunciar á ser perfecto, síguese de aquí que la noción de la libertad que vamos explicando es de todo punto falsa, contradictoria y absurda.

El error que voy combatiendo consiste en suponer que la libertad está en la facultad de escoger, cuando no está sino en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender. Todo sér dotado de entendimiento y de voluntad es libre; y su libertad no es una cosa distinta de su voluntad y de su entendimiento; es su mis-

mo entendimiento y su misma voluntad juntos en uno. Cuando se afirma de un sér que tiene entendimiento y voluntad, y de otro que es libre, se afirma de ambos una misma cosa, expresada de dos maneras diferentes.

Si la libertad consiste en la facultad de entender y de querer, la libertad perfecta consistirá en entender y querer perfectamente; y como solo Dios entiende y quiere con toda perfeccion, se sigue de aquí, por una ilacion forzosa, que solo Dios es perfectamente libre.

Si la libertad está en entender y en querer, el hombre es libre, porque está dotado de voluntad y de inteligencia; pero no es perfectamente libre, como quiera que no está dotado de un entendimiento infinito y perfecto, y de una voluntad perfecta é infinita.

La imperfeccion de su entendimiento está, por una parte, en que no entiende cuanto hay que entender; y por otra, en que está sujeto al error. La imperfeccion de su voluntad está, por una parte, en que no quiere cuanto se debe querer, y por otra, en que puede ser solicitada y vencida por el mal. De donde se sigue que la imperfeccion de su libertad consiste en la facultad que tiene de seguir el mal y de abrazar el error; es decir, que la imperfeccion de la libertad humana consiste cabalmente en aquella facultad de escoger, en que consiste, segun la opinion vulgar, su perfeccion absoluta.

Cuando el hombre salió de las manos de Dios, entendia el bien; y porque le entendia, le queria; y porque le queria, le ejecutaba; y ejecutando el bien que queria con su voluntad y que entendia con su entendimiento, era libre. Que este es el significado cristiano de la libertad, se ve claro por las siguientes palabras evangélicas: *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos* (Joann., 8, 32). Entre su libertad y la de Dios no habia, pues, otra diferencia, sino la que hay entre una cosa que puede menoscabarse y perderse, y otra que ni puede perderse ni padecer menoscabo; entre una cosa que por su naturaleza es limitada, y otra que por su naturaleza es infinita.

Cuando la mujer puso á la voz del ángel caido un oído atento

y curioso, luego al punto su entendimiento comenzó á oscurecerse, su voluntad á enflaquecer: apartada de Dios, que era su apoyo, padeció un súbito desfallecimiento. En aquel instante mismo su libertad, que no era una cosa diferente de su voluntad y de su entendimiento, quedó enferma. Cuando pasó de la culpable contemplacion al acto culpable, su entendimiento padeció una grande oscuridad, su voluntad un profundo desmayo; la mujer arrastró al hombre desfallecido, y la libertad humana cayó en tristísima flaqueza.

Confundiendo la nocion de la libertad con la de una independencia soberana, preguntan algunos por qué se dice que el hombre fué esclavo cuando cayó bajo la jurisdiccion del demonio, al mismo tiempo que se afirma que era libre cuando estaba puesto absolutamente en la mano de Dios. A lo cual se responde que no se puede afirmar del hombre que es esclavo, solo porque no se pertenece á sí propio, en cuyo caso seria esclavo siempre, como quiera que no se pertenece nunca á sí mismo de una manera independiente y soberana. Afirmase de él que es esclavo, solamente cuando cae en manos de un usurpador, como se afirma de él que es libre cuando no obedece sino á su legitimo dueño. No hay otra esclavitud sino aquella en que cae el que se sujeta á un tirano, ni mas tirano que el que ejerce una potestad usurpada, ni otra libertad sino la que consiste en la obediencia voluntaria á las potestades legítimas. Otros no alcanzan á comprender de qué manera la gracia, por la cual fuimos puestos en libertad (1) y rescatados, se aviene con esa misma libertad y rescate, pareciéndoles que en esa operacion misteriosa Dios solo obra, y el hombre padece; en lo cual van de todo

(1) Es decir, la gracia por la cual fuimos libertados de la servidumbre restaurando el libre albedrío. Advertimos esto para que no se tome la expresion del autor en el sentido estricto y violento que seria necesario para atribuirle la opinion de que antes de la redencion se hallaba estinguido en nosotros de todo punto el libre albedrío; proposicion errónea y muy distante, como ya otra vez hemos observado, del modo de pensar eminentemente católico del autor, bien claramente manifestado en muchos pasages de esta obra, donde se dice que la libertad humana, por el pecado enfermó, enflaqueció, cayó en el mas deplorable estado de fragilidad, y otras frases semejantes; pero de ningun modo que quedó muerta y estinguida.

punto errados, como quiera que en este gran misterio concurren Dios y el hombre, obrando el primero y cooperando el segundo. Y aun por esta razon no suele dar Dios, por punto general, sino la gracia que es suficiente para mover la voluntad con blandura. Temeroso de oprimirla, se contenta con llamarla hácia sí con suavísimos reclamos. El hombre, por su parte, cuando acude al reclamo de la gracia, acude con incomparable suavidad y complacencia; y cuando la voluntad suavísima del hombre que se complace en el llamamiento, se junta en uno con la voluntad suavísima de Dios, que llamándole se complace y que complaciéndose le llama, entonces sucede que de suficiente que era la gracia, se torna en eficaz por el concurso de estas dos suavísimas voluntades.

Por lo que hace á aquellos que no conciben la libertad sino en la ausencia de toda sollicitacion que mueva á la voluntad del hombre, solo diré que caen sin advertirlo en uno de estos dos grandes absurdos: en el que supone que puede moverse sin ninguna especie de motivo un sér razonable, ó en el que consiste en suponer que un sér que no es razonable puede ser libre.

Si lo dicho anteriormente es cierto, la facultad de escoger otorgada al hombre, lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la libertad, puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y de caer en el error; de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de caer en manos del tirano. Todos los esfuerzos del hombre deben dirigirse á dejar en ocio esa facultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del todo, si esto fuera posible, con el perpétuo desuso. Solo el que la pierde entiende el bien, quiere el bien y le ejecuta; y solo el que esto hace es perfectamente libre, y solo el que es libre es perfecto, y solo el que es perfecto es dichoso; por eso ningún dichoso la tiene: ni Dios, ni sus santos, ni los coros de sus ángeles.

CAPÍTULO II.

SE DA RESPUESTA Á ALGUNAS OBJECIONES RELATIVAS Á ESTE DOGMA.

Si la facultad de escoger no constituye la perfeccion sin el peligro del libre albedrio del hombre; si en aquella facultad tuvo principio su prevaricacion y origen su caida, y si en ella está el secreto del pecado, de la condenacion y de la muerte, ¿cómo se complace con la infinita bondad del Dios infinito ese funestísimo don que viene henchido de desventuras y preñado de catástrofes? ¿Cómo llamaré á la mano que me lo dá, misericordiosa ó airada? Si es una mano airada, ¿por qué me dió la vida? ¿Por qué me la acompañó con carga tan grave, si es misericordiosa? ¿La llamaré justa, ó solo fuerte? Si es justa, ¿qué habia hecho yo antes de ser, para ser asunto de sus rigores? Y si es solo fuerte, ¿qué hace que no me pisa y no me quiebra? Si pequé por el uso del don que recibí, ¿quién es el autor de mi pecado? Si llego á condenarme por el pecado á